



El panorama

La única novedad del futuro, el futuro del cuerpo, es la repetición. Entre los torsos del porvenir está el cuerpo despedazado y todos los fragmentos del pasado, serán incluidos en esa cancelación del suplicio del tiempo.

Me desperté muy temprano, en una especie de penumbra de invierno agridulce, entreteniéndome bajo las pupilas doloridas un hormigueo de siluetas y signos confusos soñando quizás, en un libro perdido.

Aquel jardín, al que me había conducido ese día, unas horas más tarde, la vieja enfermera con muletas que vive al fondo del colegio de las monjas, era insospechadamente frágil, y parecía suspendido bajo las sombras curvas del dosel de aquellos arbustos gigantes. Los transparentes, como unas contorsiones relucientes a punto de amainar sobre una ola de cristal de aire empañada de perfumes y tintas ocres, se plegaban sobre matas de albahaca y alhucemas. Porque el muro de glicinas apenas apoyado sobre la pared del colegio y los techos de algunas casas sorprendentemente estilizadas y de silueta muy firme, ocultaban lo que había de más material en el paisaje cuesta abajo, hacia la plaza, la que desde esa perspectiva insólita, parecía construida, para prestarle el seno materno a este jardín escondido o quizá para esconderlo de una mirada no iniciada en su intención recoleta. Estaba hecho de ráfagas, seguramente utilizando la memoria de otros lugares más lejanos pero atiborrado de historias y de la acrobacia más natural y melancólica sobre los paños de pasto de este hangar intemporal. Ese jardín se las traía. Parecía curvo en el límite derecho, contra la casa de las Bernárdez, que según fui a comprobar era totalmente rectilíneo. La anciana bajo una nube de tábanos, que se enredaban alrededor de las frutas del granado, entreabiertas y decoloradas, intentaba explicarme algo acerca de una escalera que ella no podía bajar con muletas. No pude menos que atropellarme a bajar los escalones de ladrillo de bordes raídos y musgosos hasta el pozo de humedad pastosa. Allí en una especie de charca metálica descubrí lo que jamás hubiera imaginado que pudiera existir en

ese lugar: un cementerio familiar. Una especie de catacumba en miniatura con cráneos visibles incrustados en los muros esmaltados y escoltados de decenas de sapos expectantes y de miradas rasgadas cargadas de ese presagio de sabiduría que admiraban los romanos y que también alcanza la gimnasia budista.

En medio de la charca, la gruesa bola de hierro cruzada de latigazos de herrumbre parecía también un enigma, o por lo menos un imán de atractivo innegable, sobre todo cuando el sol cayó alumbrando una cara degenerada y de un brillo anterior nacarado.

No podía creerlo. Quería gritar, hablar con alguien, olvidando que la pobre vieja estaba allí apoyada al borde de la excavación circular. Al mirarla di el grito que deseaba y sentí una especie de placer enorme. Comencé a viajar como aspirado por el círculo del borde de la charca recortado limpiamente sobre el cielo celeste. El círculo de la charca es una especie de mandala. Vi a mi tatarabuela sobre aquella tarima, en que la velaron en Teggiano. Vi otros entierros y muchos muertos en aquella villa romana asediada por la peste negra. Los muertos estaban turgentes y sus ojos eran candorosos y sin violencia alguna. Los gritos de la anciana me arrancaron de mis reminiscencias compulsivas.

—Vio que mi padre era un viejo ladino. Vio por qué lo traje aquí, mocito, continuó la enfermera, el futuro está encerrado en este nido de aire quieto. Esta cáscara de lo que siempre fue. Aquí están los hombres que tienen un sólo órgano. Los hiperbólicos. Restaurar al hombre-naturaleza no apunta hacia algo nuevo distinto del pasado.

La repetición es la única novedad del futuro.

Alguna cosa vino a golpear la bola que resonó como un gong.

Entonces descubrí, que era difícil volver, salir del jardín sin perder alguna cosa esencial de la que formaba parte aquel panorama un tanto lúgubre aunque incomparable.

Por eso no quiero mudarme. Todavía pienso visitar otras veces el jardín de los hiperbólicos.

PH